

ATRIO

Martha Cecilia Ruiz M.

# Transacciones eróticas en la frontera sur de Ecuador



FLACSO Ecuador

Martha Cecilia Ruiz M.

# Transacciones eróticas en la frontera sur de Ecuador

© 2022 FLACSO Ecuador  
Octubre de 2022

Cuidado de la edición: Editorial FLACSO Ecuador

ISBN: 978-9978-67-617-2 (impreso)  
ISBN: 978-9978-67-618-9 (pdf)  
<https://doi.org/10.46546/2022-34atrio>

FLACSO Ecuador  
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador  
Telf.: (593-2) 294 6800 Fax: (593-2) 294 6803  
[www.flacso.edu.ec](http://www.flacso.edu.ec)

---

Ruiz M., Martha Cecilia

Transacciones eróticas en la frontera sur de Ecuador /  
Martha Cecilia Ruiz M. Quito : FLACSO Ecuador, 2022

xi, 280 páginas : ilustraciones, figuras, mapas, tablas. - (Serie Atrio)

Bibliografía: p. 258-279

ISBN: 9789978676172 (impreso)  
ISBN: 9789978676189 (pdf)  
<https://doi.org/10.46546/2022-34atrio>

MUJERES ; MIGRACIÓN ; COMPORTAMIENTO SEXUAL ;  
MUJERES MIGRANTES ; GÉNERO ; TRABAJO SEXUAL ;  
ASPECTOS SOCIALES ; DERECHOS HUMANOS ;  
MOVILIDAD HUMANA ; GLOBALIZACIÓN ; ECONOMÍA ;  
EL ORO (PROVINCIA) ; ECUADOR

305.4 - CDD

---



Para Sacha, que se fue demasiado pronto

Para Yana y Túpac, que están y alegran

# Índice de contenidos

Agradecimientos .....	IX
Abreviaturas y siglas .....	XI
<b>Introducción</b>	
<b>Migración, sexualidad y fronteras</b> .....	1
Las migraciones a Ecuador vistas desde la frontera sur .....	9
El punto de partida teórico-metodológico .....	15
El proceso de investigación: potencialidades, limitaciones y dilemas .....	32
Organización de la obra .....	39
<b>Capítulo 1</b>	
<b>La frontera Ecuador-Perú y la sexualidad como símbolo del contacto y los peligros</b> .....	41
Del conflicto fronterizo a la época de la integración .....	48
(Re)imaginando a los vecinos: entre la “hermandad” y la “invasión” ..	52
Separarse de los “otros” para integrarse en la nación .....	59
Migrantes sexualizadas y los temores a las fronteras penetradas ....	62
<b>Capítulo 2</b>	
<b>Flujos globales y mercados sexuales locales: la extracción de productos, trabajo y deseos en El Oro</b> .....	75
Banano para la exportación, migrantes y burdeles .....	78
Construcciones sexuales locales, regulaciones nacionales y debates globales .....	89

La organización de los mercados sexuales y sus lógicas mercantilistas . . . . .	98
Transformaciones socioeconómicas y nuevas formas de trabajo sexualizado. . . . .	103
A modo de cierre: territorios extractivos y “peligrosos deseos” . . . . .	105
 <b>Capítulo 3</b>	
<b>Mujeres en movimiento: migraciones intrarregionales y sexualidad femenina . . . . .</b>	<b>107</b>
Migraciones intrarregionales en Sudamérica . . . . .	110
Entre la demanda de trabajadoras sexualizadas y los deseos de las migrantes . . . . .	117
Redes migratorias femeninas e incorporación laboral . . . . .	124
Integración, estigma y relaciones de apoyo . . . . .	129
Mentiras y lazos familiares . . . . .	133
 <b>Capítulo 4</b>	
<b>Preocupaciones sexuales y regulaciones migratorias: entre el control, la protección y las estrategias de las migrantes . . . . .</b>	<b>137</b>
Peligro y vulnerabilidad: preocupaciones sexuales y demandas de control . . . . .	141
Sexualidad y regulaciones migratorias: cambios y continuidades . . . . .	148
Prácticas diarias de control migratorio y fronterizo . . . . .	154
Efectos y respuestas a las restricciones y controles migratorios . . . . .	165
A modo de cierre . . . . .	169
 <b>Capítulo 5</b>	
<b>Los significados subjetivos del sexo comercial y sus tensiones . . . . .</b>	<b>171</b>
Significados sexuales y precariedades materiales . . . . .	175
En busca de legitimidad. . . . .	183
Ni putas ni víctimas. . . . .	191
Trabajo/trabajadora sexual: poder y límites de un concepto político “global” . . . . .	193

<b>Capítulo 6</b>	
<b>Desdibujando fronteras: intimidad mercantilizada y sexo comercial romantizado</b>	201
Estrategias comerciales y vínculos emocionales en prostíbulos y <i>nightclubs</i>	206
Servicios personalizados, íntimos y erotizados en las barras bar	209
Las fusiones entre intimidad y materialidad en la vida cotidiana	214
Temores frente al cruce de fronteras entre intimidad y economía en contextos transnacionales	222
<b>Conclusiones</b>	
<b>Repolitizar el debate sobre las migrantes en el comercio sexual</b>	229
Gobernar sujetos sexuales: mercantilización, control y protecciones excepcionales	237
Economías íntimas, subjetividades y resistencias	240
Migraciones intrarregionales y los límites de los proyectos de integración	244
De los derechos humanos individuales y el humanitarismo a la justicia social	247
<b>Epílogo</b>	
<b>Migraciones, sexualidad y fronteras en tiempos de COVID-19</b>	254
<b>Referencias</b>	258
<b>Sobre la autora</b>	280

# Ilustraciones

## Figuras

Figura 1.1. Puente Internacional entre Huaquillas y Aguas Verdes . . .	43
Figura 1.2. Eje vial Piura-Guayaquil y Centro Binacional de Frontera, inaugurado en 2010 . . . . .	48
Figura 1.3. Muro construido en 2017 en una parte del paso entre Huaquillas y Aguas Verdes. . . . .	71
Figura 2.1. Plantaciones de banano a ambos lados de una carretera de El Oro . . . . .	78
Figura 2.2. La Puentecita, en Machala, con propaganda electoral . . . .	93
Figura 2.3. Un bus de transporte público llega hasta el centro de tolerancia ubicado en las afueras de Huaquillas. . .	94
Figura 2.4. Barra bar en Machala . . . . .	100
Figura 4.1. Afiche de campaña antitrata, 2007 . . . . .	145
Figura 4.2. Anuncio en una carretera de El Oro alerta sobre el trabajo indocumentado de migrantes . . . . .	155
Figura 4.3. Nota periodística sobre los operativos de control en locales nocturnos . . . . .	159
Figura 4.4. Operativo contra la explotación sexual y el tráfico de migrantes realizado en 2014. . . . .	162

## Mapas

Mapa I.1. Ecuador y la provincia de El Oro . . . . .	10
Mapa I.2. El Oro, sus cantones y principales ciudades del norte de Perú . . . . .	11

## Tablas

Tabla 3.1. Migrantes de Colombia y Perú que se han asentado en Ecuador según datos censales . . . . .	113
Tabla 3.2. Países con mayor saldo migratorio en Ecuador, 2010-2014 . .	114
Tabla 3.3. Países con mayor saldo migratorio en Ecuador, 2015-2018 . .	114



# Agradecimientos

Este libro es el resultado de un largo trabajo de investigación que empezó con mi tesis doctoral para la Vrije Universiteit Amsterdam, y unos años después se complementó y actualizó con otro período de investigación en la provincia ecuatoriana de El Oro. En todos esos años, que se extendieron por algo más de una década, recibí la guía, apoyo e inspiración de muchas personas, así como de instituciones que quisiera reconocer.

En primer lugar, agradezco profundamente a las mujeres peruanas y colombianas que compartieron conmigo sus historias de migración, trabajo e intimidad, que son la base de este libro. Su valentía y osadía me sorprendieron e inspiraron. Sus voces, argumentaciones y preocupaciones estuvieron siempre presentes mientras escribía estas páginas.

Un agradecimiento especial a Lorraine Nencel, quien me guio desde un inicio y cuyo apoyo intelectual y emocional fue decisivo. Lorraine acompañó las dudas que me asaltaban mientras investigaba y sus observaciones y comentarios críticos me ayudaron a refinar mi trabajo. Agradezco también a Gioconda Herrera por la lectura de la primera versión de este trabajo y sus lúcidos comentarios, y por su apoyo en todo el proceso de publicación de este libro.

Mis agradecimientos a Thomas Ericksen, quien leyó y comentó diferentes versiones de mi trabajo; a Halleh Ghorashi que, a pesar de involucrarse en mi proyecto bastante más tarde, me planteó preguntas sugestivas que me alentaron a ser más honesta con la posición académica

y política en la cual se inscribe esta obra, y a los dos lectoras anónimas, por sus comentarios y sugerencias para mejorar la calidad de este libro.

Mi gratitud a Gilma Andrade por la traducción de la tesis doctoral de inglés a español, y a la Editorial FLACSO Ecuador por toda su guía y paciencia.

Un reconocimiento a la Netherlands Organisation for Scientific Research (NWO) por la beca para realizar mi investigación y la libertad concedida para formular e implementar el proyecto de investigación. Gracias también al Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) por el apoyo financiero para realizar el segundo período de investigación.

En Machala, un agradecimiento profundo a Rosa Manzo, de Fundación Quimera, y Karina Bravo de la Plataforma Latinoamericana de Personas que Ejercen el Trabajo Sexual (PLAPERTS) y la Asociación de Trabajadoras Autónomas 22 de Junio, quienes años atrás me introdujeron en las complejidades del tema del trabajo sexual. A ellas les debo mucho de lo que conozco sobre este tema. A Rosa le debo, además, los proyectos en los que me involucró antes, durante y después de este estudio y que fueron claves para entender la realidad fronteriza y disfrutar de los cuatro años que viví en Machala junto con personas creativas y festivas: Mechita, Roy y otras personas que trabajaban o circulaban por Fundación Quimera y que en diferentes momentos fueron mis asistentes de investigación o compañeras de viaje alrededor de El Oro, como Janet, María, Mariana y Myosotys.

En mis estancias en Amsterdam, agradezco la acogida y amistad de la familia Cabezas y particularmente de Mindy, una migrante ecuatoriana con quien años atrás empecé a conocer y a interesarme por las historias de mujeres migrantes.

Mi agradecimiento final es para mi familia, que siguió y estuvo atenta a este proceso de estudio. A mi mamá y a mi papá por estar pendientes. De manera muy especial a mi compañero Túpac, por todo el apoyo mientras escribía este libro, y a mi hija Yana, por la inspiración que me da todos los días.

# Abreviaturas y siglas

art.	artículo
CAN	Comunidad Andina de Naciones
CEBAF	Centro Binacional de Atención Fronteriza
DPE	Defensoría del Pueblo de Ecuador
EE. UU.	Estados Unidos
GEMA	Grupo Especial Móvil Antinarcoóticos
LOMH	Ley Orgánica de Movilidad Humana
OIM	Organización Internacional de las Migraciones
OIT	Organización Internacional del Trabajo
RC	Revolución Ciudadana
IESS	Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social
INEC	Instituto Nacional de Estadística y Censos
ONG	Organizaciones no Gubernamentales
USAID	Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo
ZIF	Zonas de Integración Fronteriza

# Introducción

## Migración, sexualidad y fronteras

Katy tenía 26 años cuando fue devuelta desde el aeropuerto de Madrid a su país de origen, Colombia, porque no calzaba en el perfil de “turista”. Al poco tiempo, sin ahorros ni trabajo y con una hija que mantener, viajó a Panamá, donde ofreció servicios sexuales por primera vez. Lo mismo hizo en Colombia unos meses más adelante y luego en Ecuador, a donde se trasladó después de recibir una oferta para trabajar en un “exclusivo” club nocturno de El Oro, provincia ubicada en la costa sur de Ecuador y en la frontera con Perú. Era 2002 y durante un año Katy trabajó en varios negocios de comercio sexual de la provincia. Sin embargo, un año más tarde las autoridades ecuatorianas empezaron a reforzar los controles y restricciones frente a migrantes provenientes de países vecinos, bajo el argumento de “proteger la mano de obra local” y prevenir la “delincuencia extranjera”. Como estos controles eran y todavía son particularmente frecuentes en negocios de comercio sexual, que son tolerados y regulados por el Estado ecuatoriano<sup>1</sup> y a la vez considerados como “lugares de riesgo”, Katy abandonó esos espacios y contactó a antiguos clientes, con quienes mantiene relaciones íntimas ocasionales que combinan sexo, compañía, amistad y diferentes formas de compensación material. Katy define a estos hombres como “amigos” y no como “clientes”, y no se identifica con las categorías que usualmente se

---

<sup>1</sup> Ecuador tiene un régimen reglamentarista frente a la prostitución, por lo que las mujeres mayores de 18 años pueden ofrecer servicios sexuales siempre que sea en locales autorizados y registrados.

emplean para referirse a las mujeres en actividades sexuales comerciales: puta o víctima.

La historia de Nancy es un tanto diferente. Esta peruana que hoy tiene 29 años, soltera y sin hijos, llegó a El Oro buscando un trabajo y atraída por la economía dolarizada de Ecuador. Una amiga le consiguió trabajo en una barra bar de Machala, la capital de la provincia, donde sirve cerveza, acompaña y baila con los clientes. Las barras bar son locales de entretenimiento para adultos que ofrecen un servicio “personalizado” y erotizado. Aunque estos negocios están autorizados a vender alcohol, pero no a ofrecer servicios sexuales, las mujeres que trabajan en ellos son consideradas “prostitutas clandestinas”. Nancy rechaza este apelativo y se define a sí misma como “mesera”. Esta migrante tampoco ha regularizado su estatus migratorio, pues va y viene entre Ecuador y Perú, y asegura que no ha encontrado mayores problemas con las autoridades migratorias ya que “pasa” fácilmente como ecuatoriana debido a su acento y su apariencia física. Es más, Nancy considera que cruzar la frontera con Ecuador es bastante sencillo porque los peruanos no necesitan visa de turismo y la frontera Ecuador-Perú está permanentemente abierta. Sin embargo, piensa que trabajar legalmente en Ecuador no es fácil para una mesera de barra bar.

Las historias de Katy y Nancy sugieren que las migrantes en mercados sexuales y eróticos encarnan muchas de las paradojas y contradicciones que han surgido con los procesos más recientes de globalización y regionalización. Estos procesos celebran la apertura, el contacto y la integración y sus defensores promueven los beneficios de mercados más diversos y sin barreras fronterizas. Simultáneamente, la integración global y regional ha acentuado diferencias y desigualdades y ha estimulado “miedos a la penetración” (Kulick 2003) que revelan una serie de ansiedades sociales frente a quienes son construidos como “otros” y “otras” tanto en términos nacionales como sexuales. Migrantes como Katy y Nancy están en el centro de estos temores y también de la serie de regulaciones y controles que se han implementado al respecto. Sus cuerpos, vistos como abiertos y vulnerables, son conectados simbólicamente con las fronteras de los actuales Estados nación, donde una apertura no regulada es percibida como una potencial amenaza a la seguridad nacional y a la estabilidad económica y moral del cuerpo social.

En este libro me enfoco en aquellas mujeres que cruzan fronteras estatales, así como las divisiones y órdenes de género y sexuales (fronteras sociales y simbólicas). Mi objetivo es analizar la función, escasamente estudiada, que desempeña la sexualidad en estructurar diferentes aspectos del proceso migratorio y en guiar tanto las experiencias de las migrantes como los regímenes migratorios y fronterizos. Me propongo, además, reflexionar sobre las fronteras desde un territorio fronterizo concreto y analizar cómo los ordenamientos, diferenciaciones, jerarquizaciones y conexiones que establecen las fronteras tienen impactos directos, tanto materiales como simbólicos, en las experiencias diarias de las mujeres migrantes y en la (re)producción de subjetividades generizadas y sexualizadas.

Desde los primeros años de este siglo, las migrantes en el sector del comercio sexual han despertado una inusitada atención pública, tanto a nivel nacional como regional e internacional. Sin embargo, en Ecuador y otros países latinoamericanos, sobre todo andinos, esta atención no ha generado mayores debates públicos. Al contrario, la amplísima cobertura mediática, las publicaciones y proyectos que se han implementado para examinar este fenómeno y atender a mujeres en actividades sexuales comerciales han dado por sentado que este complejo tema tiene un solo marco de comprensión y análisis, que es el marco de la trata de personas y más concretamente la trata sexual de mujeres, entendido básicamente como un problema de delincuencia transnacional organizada. Aunque desde la academia y el activismo migrante se ha producido una literatura crítica sobre trata de personas y control migratorio —con la cual dialogo en este libro—, tomo distancia del discurso dominante sobre la trata/explotación sexual de mujeres migrantes, por varias razones.

Primero, este marco de análisis dominante brinda limitada atención a las comprensiones, explicaciones y argumentaciones de las mismas migrantes y tiende a englobar experiencias muy heterogéneas de migración femenina y explotación bajo la noción de “esclavitud sexual moderna”,<sup>2</sup> lo que sugiere que estas migraciones son siempre forzadas y que la violencia que se ejerce sobre las migrantes es una fuerza paralizante y básicamente

---

<sup>2</sup> Sobre las limitaciones que tiene el concepto de esclavitud moderna, véase: Michael Dootridge “Ocho razones por las que no deberíamos usar el término ‘esclavitud moderna’”, *Open Democracy*, 26 de julio de 2018. <https://bit.ly/39xSk2c>

de carácter sexual. Segundo, se reduce un complejo fenómeno social a relaciones individuales y diádicas entre “víctimas” y “victimarios”, mientras se deja de lado lo que me interesa destacar en este libro, que son los sistemas entrecruzados de desigualdad y poder –basados en género, pero también en clase, raza, origen nacional, entre otros– que organizan las relaciones sociales y laborales y producen jerarquías espaciales dentro del capitalismo global. Tercero, el marco de la trata de personas se enfoca en los casos más extremos y aberrantes, pero no siempre muestra las conexiones que estos casos tienen con procesos más extendidos, cotidianos y naturalizados de explotación y violencia, que afectan a amplios grupos de mujeres y migrantes, como la explotación laboral, a la que pongo especial atención en este libro.

Este estudio se basa en una larga investigación etnográfica (2007-2011, 2017-2018) que dio prioridad a las voces, experiencias situadas, percepciones y argumentaciones de mujeres adultas que participan en diferentes intercambios entre intimidad y compensación material, como parte de sus experiencias migratorias y con diferentes grados de autonomía. Estos intercambios incluyen sexo a cambio de dinero en burdeles diurnos y clubes nocturnos, servicios erotizados en barras bar, bailes y masajes eróticos dentro o fuera de los espacios públicos del comercio sexual, y además encuentros íntimos más ambiguos, ocasionales y privados donde sexo, compañía, amistad, romance, dinero, regalos y otras “ayudas” materiales se combinan de diversas maneras. Sostengo que esta diversidad de actividades e intercambios es parte de mercados de trabajo feminizados y precarizados, y, de manera más amplia, de economías íntimas (Boris y Parreñas 2010; Hofmann y Moreno 2016) que se expanden en contextos de crisis, incertidumbre y desprotección estatal. Esto lleva a las personas a buscar, por su propia cuenta y riesgo y recurriendo a los pocos medios que tienen a su alcance, recursos que les permitan sobrevivir, “salir adelante” y “dejar de vivir al día”, como dijeron las migrantes colombianas y peruanas que entrevisté y acompañé.

En los estudios migratorios, las experiencias de migrantes en mercados sexuales han sido dejadas de lado o analizadas desde una “perspectiva de anomalía” (Agustín 2001). Esto significa que se aíslan estas experiencias de otras que también implican una alta presencia de mujeres migrantes, como si no existiese ninguna relación entre diferentes

mercados laborales feminizados. O como si todo lo relacionado con las migrantes en mercados sexuales necesitase ser explicado, mientras que la presencia de mujeres migrantes en otros sectores laborales más aceptados socialmente, como el trabajo doméstico, se presenta como un dato normal de la realidad social y libre de relaciones de poder.

Fue justamente la limitada atención que los estudios migratorios han dado a las experiencias de mujeres migrantes en mercados sexuales y eróticos lo que motivó esta investigación. Considero que partir desde el marco de las migraciones permite un análisis más amplio e integral sobre este grupo de trabajadoras migrantes, pues explora diferentes aspectos y momentos de su proceso migratorio –razones para migrar, inserción laboral y social en destino, relaciones familiares transnacionales, etc.– sin reducir sus experiencias migratorias a sus encuentros sexuales. Es decir, no utilizo la migración como un adjetivo para hablar de mujeres en el comercio sexual, como hacen algunos estudios que se refieren a “trabajadoras sexuales migrantes”. Al mismo tiempo, destaco que la dimensión sexual que está especialmente presente en estas experiencias migratorias agrega un elemento particular y, por ende, diferencia estas experiencias de las de otros grupos de mujeres migrantes.

Efectivamente, para las mujeres colombianas y peruanas en Ecuador, la sexualidad juega un rol central y además doble y conflictivo. Por un lado, aunque ellas se mueven a un contexto cercano geográfica y culturalmente, donde existen algunas ventajas legales para las y los migrantes de estas dos nacionalidades, las actividades sexuales y erotizadas que realizan remarcan su “extranjería” y las construyen como especialmente peligrosas o vulnerables ante los ojos de la población y las autoridades ecuatorianas. Como consecuencia, este grupo de migrantes confronta particulares restricciones y controles o son victimizadas y expuestas a prácticas proteccionistas. Por otro lado, la sexualidad, y de manera más general las relaciones íntimas que estas migrantes mantienen con hombres ecuatorianos, se convierten en medios a través de los cuales ellas acceden a trabajo y recursos para sostener sus vidas; más aún, en algunos casos estas relaciones se tornan en lazos personales y emotivos que ayudan a enfrentar las dificultades de la experiencia migratoria y pueden incluso facilitar la residencia legal de algunas migrantes.



Por lo tanto, la sexualidad no es una simple variable en el análisis de las migraciones, ni es un factor puramente biológico, natural y privado. Al contrario, la sexualidad está implicada en relaciones sociales más amplias (Weeks 1998) y es un eje de diferenciación, jerarquización y poder que estructura diferentes procesos sociales, entre ellos, las migraciones (Luibhéid 2002; Luibhéid y Cantú 2005; Epps, Valens y González 2005; Cantú 2009) y el trabajo (Boris y Parreñas 2010; Landa y Marengo 2011; Adkins y Lury 1996). Se trata de un dispositivo que clasifica, normaliza, patologiza y controla los cuerpos (Foucault [1976] 1990), y también un “capital”, corporal y erótico (Bernstein 2007; Hakim 2010), el único que muchas veces tienen personas marginalizadas para salir adelante. Mi argumento es que en un contexto migratorio donde las poblaciones “nacionales” y “extranjeras” (entre comillas, pues es necesario problematizar estas dos categorías) podrían fácilmente confundirse entre sí, ya que las diferencias étnico-raciales y de clase son sutiles, y los acuerdos de integración parecen desdibujar las divisiones nacionales, la sexualidad se vuelve un *locus* particularmente importante para reimaginar, reforzar y renegociar diferencias, divisiones y jerarquías. En este sentido, las experiencias de las migrantes en mercados sexuales y eróticos, así como en otras relaciones íntimas-económicas muestran una constante tensión entre estructuras de poder (económicas, sociales, culturales, legales) y subjetividades que son producidas por estas estructuras y a la vez responden de diversas maneras a las mismas: las cuestionan, desestabilizan, se adaptan.

La prioridad que he dado en mi investigación a las experiencias y narrativas de las propias migrantes, junto con un largo trabajo de campo en la provincia fronteriza de El Oro, ayudaron a revelar matices, ambigüedades y tensiones que no siempre se toman en consideración en los estudios sobre las migrantes en el comercio sexual ni en los análisis sobre las fronteras. En mi investigación muestro que al tiempo que avanzaron los acuerdos de libre circulación e integración fronteriza en la subregión andina, así como los proyectos para impulsar una ciudadanía más amplia e incluyente en Sudamérica, también surgieron nuevas diferenciaciones entre “nacionales” y “extranjeros” y, consecuentemente, deseos y temores frente a quienes son vistos como diferentes, “otros” y “otras”. Por ello, me alejo de nociones dicotómicas como migrantes deseables/indeseables,

víctimas sexuales/trabajadoras empoderadas e ideas binarias en torno a las fronteras, vistas como marcadores estrictos y barreras impenetrables o como divisiones que desaparecen con la globalización y la regionalización.

Partiendo de estas tensiones entre integración y nuevas diferenciaciones, movilidad y restricciones, deseos y temores, autonomía y opresión, intento responder las siguientes preguntas: ¿de qué manera las divisiones y ordenamientos nacionales y las comprensiones normativas sobre género y sexualidad influyen en las experiencias de las migrantes colombianas y peruanas en mercados sexuales y eróticos de la provincia ecuatoriana de El Oro? ¿Cuáles son las fuerzas estructurales que guían las experiencias de este grupo de migrantes? ¿Cuáles son los deseos, sueños y expectativas que mueven a estas mujeres a través de las fronteras y dan forma a determinados proyectos migratorios? ¿Cómo responden estas migrantes a los obstáculos migratorios y cómo negocian las categorías sexuales que se les impone? ¿Cómo influye el contexto migratorio en las percepciones que las migrantes tienen sobre las relaciones íntimas-económicas que mantienen y en los sentidos que dan a estas relaciones?

Este libro constituye un diálogo entre la literatura sobre migración, sexualidad y fronteras. Me apoyo en los aportes que el feminismo, los estudios *queer* y análisis marxistas y posmarxistas han hecho para explicar la movilidad de trabajadoras y la extracción de “plusvalor” de sus cuerpos y trabajo. Desde estos aportes destaco la manera en que mujeres y migrantes buscan espacios de inclusión sin necesariamente ajustarse a las normas sociales, morales o legales, forcejeando con ellas o, como indica De Genova (2010) al referirse a migrantes “abyectos” e “incorregibles”, perturbando un sistema y una serie de órdenes. Mi trabajo ofrece tres aportes a este cuerpo teórico.

En primer lugar, las académicas feministas que estudian las experiencias de mujeres migrantes en la llamada “industria global del sexo”<sup>3</sup> se han concentrado en movimientos de larga distancia, del sur al norte, y la

---

<sup>3</sup> Uso entre comillas el concepto “industria del sexo”, que proviene de estudios realizados en Estados Unidos y países europeos, donde los mercados sexuales son más organizados y formalizados. Este concepto es útil para entender cómo los mercados sexuales se conectan con otros mercados, tanto formales como informales. En cambio, no ayuda mucho a explicar las dinámicas sexuales-comerciales en América Latina, donde los mercados sexuales son más informales; tampoco es muy útil para explicar las relaciones íntimas-económicas que son más ocasionales, ambiguas y privadas y suceden más allá de los contextos laborales del trabajo sexual.

demanda de mujeres del “tercer mundo” por hombres del “primer mundo”, con todas las jerarquías de clase, raza y geopolítica que esto implica. En cambio, en este libro examino los movimientos dentro de América del Sur y explico las particulares formas en que los procesos de exotización, erotización, deseabilidad y desigualdad ocurren en contextos migratorios cercanos en términos geográficos, económicos y culturales, y donde las fronteras entre “nosotros nacionales” y “ellos extranjeros” son especialmente ambiguas e inestables. Pretendo, por lo tanto, cubrir la brecha que todavía existe en la literatura migratoria con respecto a los procesos migratorios sur-sur e intrarregionales, y poner atención no solo en la demanda sino también en cómo la permanente oferta de trabajo feminizado y precarizado alimenta los mercados sexuales y eróticos.

En segundo lugar, a diferencia de buena parte de la literatura migratoria que se concentra en ciudades del interior o más “centrales” y se refiere a las fronteras como lugares de tránsito o como dispositivos de poder cada vez más desterritorializados, este estudio se asienta en un territorio fronterizo concreto y desde ahí analiza diferentes formas de movilidad, control y vigilancia de poblaciones migrantes. Reconozco que la integración global y regional ha transformado las fronteras, que hoy son más “borrosas”, móviles y extienden su poder hasta convertirse en países o regiones (Mezzadra y Neilson 2017; Alvites Baiadera 2019). Al mismo tiempo, sostengo que es justamente a causa de la integración y la creciente movilidad de bienes y personas que los Estados (entre otros actores) han reforzado su poder en las fronteras a través de nuevos procesos de territorialización y nuevas formas de ordenar, diferenciar y gobernar la población. De ahí viene mi interés por estudiar los movimientos migratorios transfronterizos dentro de la subregión andina –temporales, circulares o más permanentes– desde un territorio fronterizo, la provincia ecuatoriana de El Oro. Al poner atención en la particular historia de esta provincia, su economía-política, relaciones sociales y transfronterizas, también busco rebasar análisis abstractos, generalizantes y puramente simbólicos sobre las fronteras.

En tercer lugar, contrariamente a una literatura migratoria feminista y *queer* que ha favorecido un marco analítico centrado en la exclusión y el control, en este libro destaco las tensiones entre inclusión y exclusión, derechos y controles, protección y criminalización, que revelan cómo se

gobierna el movimiento de trabajadores y cómo se vive la ciudadanía en sociedades capitalistas cada vez más integradas. Por esto, colombianos y peruanos en Ecuador son definidos como “hermanos” (latinoamericanos) y en algunos momentos también como “invasores”; sus experiencias combinan algunos derechos que son resultado de acuerdos de integración regional y al mismo tiempo limitaciones y estigmatizaciones que se basan en su condición de “extranjeros”. Las tensiones entre inclusión/exclusión, protección/control son especialmente evidentes en el caso de las migrantes en mercados sexuales y eróticos, pues ellas son deseadas, repudiadas y compadecidas y sus experiencias muestran cómo la exclusión lleva a inclusiones subordinadas y la protección puede convertirse en un medio para disciplinar y excluir (Ruiz y Álvarez Velasco 2019).

## Las migraciones a Ecuador vistas desde la frontera sur

Desde inicios de este siglo, Ecuador se convirtió en un nuevo polo de inmigración en la subregión andina de América del Sur. Este proceso empezó en medio de una de las peores crisis económicas y financieras que ha vivido el país en toda su historia, y que tuvo entre sus momentos cúspides el congelamiento de los depósitos bancarios en 1999 y la dolarización de la economía en enero de 2000. Como resultado, miles de ecuatorianos y ecuatorianas salieron a buscar trabajo y mejores condiciones de vida en el exterior, mientras hombres y mujeres colombianas y peruanas empezaron a llegar al país atraídas por los sueldos en dólares y, según algunos autores, para cubrir la escasez de mano de obra en regiones con altas tasas de emigración, entre ellas las provincias del sur del país (Serageldin et al. 2004). Asimismo, miles de ciudadanos de Colombia llegaron por esos años a Ecuador huyendo de la violencia y debido al deterioro del conflicto político y armado en su país.

Entre 2000 y 2005, los movimientos de colombianos y peruanos hacia Ecuador crecieron considerablemente y, como consecuencia, en esos años también existió especial interés por estudiar estos procesos migratorios, principalmente la llegada y asentamiento de población refugiada colombiana en diferentes ciudades ecuatorianas. Sin embargo, en años subsiguientes estos movimientos disminuyeron y se volvieron más

Mapa I.1. Ecuador y la provincia de El Oro

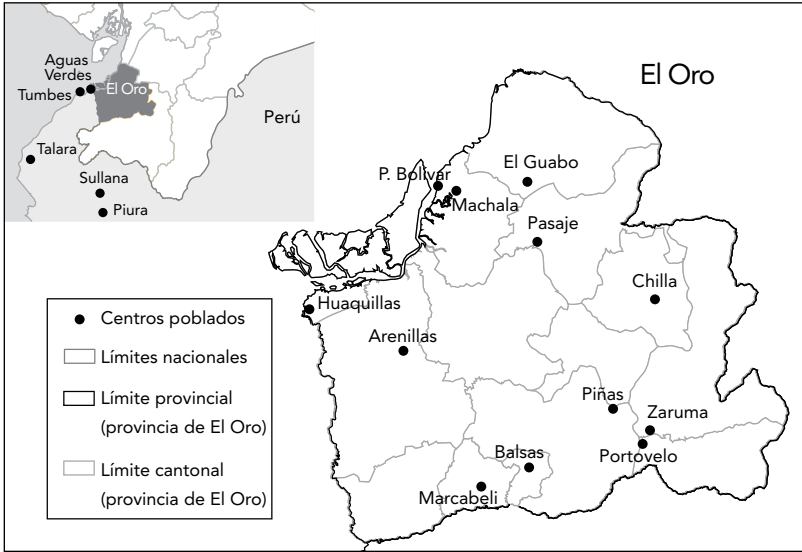


Elaborado por Camilo Baroja.

inestables, por lo que la atención pública se dirigió hacia nuevos grupos de migrantes que llegaron a Ecuador desde otros países de América Latina y El Caribe (Cuba, Haití y recientemente Venezuela) y desde otras regiones del llamado “Sur Global” (África, Asia y Medio Oriente). Estas nuevas migraciones son una respuesta a conflictos políticos, armados y crisis socioeconómicas dentro y fuera de la región, así como a la política de “puertas abiertas” que el gobierno ecuatoriano adoptó en 2008, cuando retiró las visas de turismo para ciudadanos de todo el mundo.

A pesar de los cambios, colombianos y peruanos son todavía dos grupos importantes de inmigrantes en Ecuador. Los movimientos desde esos dos países son de corta distancia, larga historia y, por lo tanto, de extendidas redes migratorias, razón por la cual, a pesar de que son movimientos que fluctúan de acuerdo con las condiciones económicas y

Mapa I.2. El Oro, sus cantones y principales ciudades del norte de Perú



Elaborado por Camilo Baroja.

políticas de Ecuador, Colombia y Perú, tienen cierta permanencia. Esto los diferencia de los nuevos procesos migratorios que, en buena medida, son movimientos en tránsito o altamente móviles (Herrera 2019), más aún si se toma en cuenta que desde 2010 el gobierno ecuatoriano volvió a imponer visas y otras restricciones para migrantes de otras regiones e incluso de países sudamericanos como Venezuela, mientras que abrió canales para la migración regularizada de ciudadanos de Colombia y Perú. La provincia de El Oro ha experimentado las migraciones desde países vecinos de manera particular, no solo por su posición de frontera sino también porque su economía se ha sostenido históricamente en el trabajo de poblaciones migrantes.

En efecto, la dinámica y a la vez dependiente economía de El Oro está fuertemente conectada al mercado internacional a través de la exportación de productos primarios: oro, que da el nombre a la provincia, cacao, camarón y frutas tropicales, especialmente banano, que es, desde mediados del siglo pasado, el motor de la economía local y una importante fuente de ingresos para el Estado nacional, ya que Ecuador es el primer

exportador de banano del mundo. Este modelo extractivista y primario-exportador (que sobresale en El Oro pero que es también central en otras regiones del país) se ha sostenido en una mano de obra abundante, abaratada y flexible o fácilmente desechable, conformada en gran medida por migrantes internos y, desde este siglo, migrantes intrarregionales. Los y las trabajadoras “excedentes” o que no han sido incorporadas en el sector extractivista-exportador ni en otras economías más formales han alimentado los numerosos mercados informales urbanos que hay en la provincia, incluyendo mercados de entretenimiento para adultos o lo que algunas autoras denominan la “industria local del sexo” (Cordero et al. 2002). En este libro analizo las conexiones entre el modelo extractivista-exportador de El Oro y sus lógicas mercantilistas y competitivas, la inclusión subordinada de trabajadores y trabajadoras migrantes dentro de este modelo, y los mercados sexuales y eróticos que hay en esta provincia y son regulados por una ambigua normativa nacional.

La movilidad de trabajadores y trabajadoras peruanas y colombianas hacia El Oro y otras provincias de Ecuador fue facilitada por una serie de acuerdos de integración, bilaterales y multilaterales, adoptados desde finales del siglo pasado. Así, como parte del Tratado de Paz que firmaron Ecuador y Perú en 1998 para terminar con el largo conflicto territorial que mantenían, se adoptaron varios acuerdos destinados a facilitar el movimiento de mercaderías y personas entre ambos países y en sus regiones fronterizas. Entre ellos, está la apertura permanente del paso fronterizo entre Huaquillas, en El Oro, y Aguas Verdes, en el departamento peruano de Tumbes,<sup>4</sup> que actualmente constituye una “zona de libre tránsito”. Este y otros acuerdos bilaterales coincidieron y se articularon con otros adoptados por la Comunidad Andina de Naciones (CAN, integrada por Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia) desde inicios de este siglo, como la eliminación de visas de turismo.

Aunque la firma de paz entre Ecuador y Perú incrementó el cruce de personas y mercaderías y generó interesantes dinámicas comerciales y sociales, la frontera sur de Ecuador dejó de ser el centro de interés para políticos y académicos. Hoy la atención, así como los recursos económicos,

---

<sup>4</sup> La frontera Ecuador-Perú es de 1592 km de largo y atraviesa provincias costaneras, amazónicas y de la Sierra. Hay seis pasos formales a lo largo de esta frontera y al menos 30 pasos informales.

tanto públicos como privados, nacionales e internacionales, se dirigen en gran medida a la frontera norte, con Colombia, que es la “frontera caliente” de Ecuador.<sup>5</sup> No obstante, la frontera abierta entre Huaquillas y Aguas Verdes preocupa a autoridades nacionales, que suelen calificarla como “caótica” y especialmente “porosa”. Por ello, con el aumento de la movilidad a través de esta frontera se incrementaron también las medidas de vigilancia en el paso fronterizo Huaquillas-Aguas Verdes, así como los controles fuera de la zona de libre tránsito y en el interior de la provincia de El Oro. Más aún, en 2010 empezó a funcionar un nuevo paso fronterizo entre Ecuador y Perú, el Puente de la Paz, con el objetivo de agilizar el tránsito binacional y, simultáneamente, controlar de manera más eficiente una serie de actividades consideradas peligrosas e “ilícitas”, como el contrabando, las “migraciones ilegales” y la prostitución local y transfronteriza.

En consecuencia, la vida cotidiana en la provincia fronteriza de El Oro está marcada por la movilidad y el control, así como por la cercanía y a la vez la suspicacia que los pobladores locales expresan frente a colombianos y peruanos que trabajan y circulan por esta zona. Las relaciones sexuales-comerciales entre hombres “nacionales” y mujeres “extranjeras” son un ejemplo de los encuentros cercanos y temidos, deseados y controlados que se dan en tiempos de integración. De ahí que, analizar las experiencias de las mujeres migrantes en este tipo de relaciones, con ellas mismas y desde los espacios por donde se mueven, puede ofrecer nuevas perspectivas para entender la vida cotidiana en las fronteras y las experiencias de las personas que a diario las atraviesan.

En este libro analizo un período amplio que inicia con la creciente llegada de personas peruanas y colombianas a Ecuador desde el año 2000 y se extiende hasta 2018. Mi trabajo de campo, sin embargo, se concentró en dos etapas puntuales, en las que pondré mayor atención: de 2007 a 2011 y de 2017 a 2018. La primera etapa estuvo marcada por el giro de la larga época neoliberal que vivió Ecuador desde los años

---

<sup>5</sup> El “Informe de Cooperación Internacional no reembolsable en Ecuador”, de la extinta Secretaría Técnica de Cooperación Internacional (SETECI), indica que en 2011 había 560 programas y proyectos binacionales en curso en la frontera norte, mientras que en la frontera sur había 105 en el mismo año. Asimismo, mientras la frontera norte de Ecuador ha sido el tema de numerosas publicaciones y debates públicos, la frontera sur solo generó atención y unas pocas publicaciones en 2008 y 2018, debido al décimo y vigésimo aniversario del Acuerdo de Paz firmado entre los dos países.



ochenta hacia el “posneoliberalismo” propuesto por el gobierno de la llamada Revolución Ciudadana (RC) bajo el liderazgo de Rafael Correa, quien gobernó el país entre enero de 2007 y mayo de 2017. Durante esta etapa, el tema de la “movilidad humana” adquirió particular importancia y se incorporó con considerable visibilidad en la nueva Constitución aprobada en 2008, desde un enfoque de derechos humanos o “humanista”. Asimismo, en esta etapa se reforzó la presencia del Estado ecuatoriano en territorios fronterizos; se buscó equilibrios entre políticas de seguridad y protección social, y se adoptaron una serie de leyes, planes y programas en favor de “grupos de atención prioritaria”, entre ellos, mujeres y migrantes. En la segunda etapa, entre 2017 y 2018, en cambio, Ecuador empezó a retornar hacia el tradicional modelo neoliberal, en medio de una fuerte crisis económica que inició en 2015 y que ha tenido repercusiones en la manera de entender y responder a las migraciones laborales intrarregionales que se expanden, diversifican e implican importantes retos para el Estado y la sociedad ecuatoriana.

En mi análisis, lejos de pensar que neoliberalismo y posneoliberalismo son dos procesos claramente diferentes o totalmente separados entre sí, más bien considero que ambos están conectados por históricas estructuras económicas, jurídicas, institucionales y culturales, como explican autores sobre el caso de Ecuador y de otros países de América del Sur que también tuvieron gobiernos de izquierda y centro izquierda durante los primeros años de este siglo (Pecheny 2013a; Stoessel 2014). Dos ejemplos de las continuidades entre neoliberalismo y posneoliberalismo son los siguientes: 1) la permanencia de un modelo de desarrollo centrado en la extracción y exportación de recursos naturales, que en tiempos posneoliberales estuvo más controlado por el Estado y articulado a políticas de redistribución social; y 2) un orden heteronormativo que no fue cuestionado por las izquierdas en el poder y, consecuentemente, siguió siendo central en la producción y en el gobierno de subjetividades sexuales y de género (Lind 2012; Ruiz 2019).

## El punto de partida teórico-metodológico

Comencé este proyecto con la idea de que investigaba las experiencias de mujeres migrantes en el “trabajo sexual”, un concepto que sigo considerando importante teórica y políticamente pues se aleja de visiones distantes, discursos moralistas, criminalizantes y victimistas, y toma en cuenta la manera en que las mismas protagonistas explican lo que hacen y se definen y nombran a sí mismas. Mi acercamiento a este concepto vino de un proyecto previo en el que participé en la provincia de El Oro, con mujeres autoidentificadas como “trabajadoras del sexo” y organizadas desde los años 80 del siglo pasado, cuando crearon la Asociación de Trabajadoras Autónomas 22 de Junio, la primera de este tipo en Ecuador, con el objetivo de frenar la violencia que afecta a las mujeres en el sector del comercio sexual y mejorar sus condiciones de trabajo (Abad et al. 1998; Colectivo Flor de Azalea y Fundación Quimera 2002).

Este posicionamiento social y político como “trabajadoras” está en abierta oposición con el discurso de la “esclavitud sexual” y la posición de las llamadas feministas radicales y abolicionistas que argumentan que la sexualidad es la base de la subordinación femenina y la prostitución, la expresión más evidente de la violencia patriarcal que se ejerce en la vida y en los cuerpos de las mujeres, pues las vuelve objetos de dominación, consumo y explotación (MacKinnon 2007; Barry 1995). Este grupo de feministas promueve la abolición de la prostitución ya que la consideran una violencia en sí misma. En cambio, las activistas y feministas que parten desde la posición del trabajo sexual argumentan que los abusos y violencias que ciertamente afectan a mujeres en actividades sexuales comerciales son el resultado de regímenes legales que informalizan o directamente penalizan estas actividades; de estigmas sociales ligados a las mujeres que ofrecen servicios sexuales (inmoralidad, enfermedad, criminalidad), e inequidades estructurales basadas en las intersecciones de género, clase, raza y origen nacional (Kempadoo y Doezema 1998; Pheterson 1996).

Estas posiciones opuestas reflejan las diversas concepciones que desde los feminismos académicos y activistas se tiene sobre sexualidad, feminidad, masculinidad, autonomía y poder, así como sobre la relación entre género y sexualidad. Desde los años ochenta, en Norteamérica y

Europa estas visiones opuestas provocaron divisiones en el interior del movimiento feminista y acalorados debates en torno a la prostitución. En América Latina, en cambio, tales posiciones no han sido tan demarcadas ni polarizadas (Araujo 2008), aunque en las últimas dos décadas la dicotomía trabajo sexual-esclavitud sexual se ha reforzado y ha impedido debates que son necesarios.

En este libro parto de la posición del trabajo sexual, pero al mismo tiempo reconozco que este concepto tiene algunas limitaciones, como sostienen análisis relativamente recientes que complejizan la noción de trabajo sexual (Cabezas 2004, 2009; Wardlow 2004). En efecto, mi largo trabajo etnográfico con migrantes peruanas y colombianas envueltas en diferentes intercambios íntimos-económicos me hizo pensar en los límites que tiene el concepto de trabajo sexual para abarcar toda una serie de actividades y relaciones donde sexualidad, eroticidad, compañía, emocionalidad y compensación material se combinan de diversas maneras y en distintos espacios y situaciones. Gran parte de estos encuentros implican un intercambio explícito de sexo por dinero en los espacios públicos del sector del comercio sexual. Sin embargo, otros encuentros son más ambiguos y privados, no encajan bien en la categoría de trabajo sexual y, lo más importante, no son definidos como tal por las mismas mujeres que participan en estos encuentros. Es el caso de las mujeres que trabajan en barras bar. Las maneras en que ellas perciben y definen las actividades y relaciones íntimas que mantienen revelan tensiones entre trabajo y sexualidad, dinero e intimidad, economía y moralidad.

En mi análisis considero, por lo tanto, que el concepto globalizado de trabajo sexual/trabajadora sexual tiene que ser repensado según contextos y posiciones sociales específicas (Ruiz y Nencel 2011) y debe abrir más espacio para analizar las tensiones que viven las mujeres involucradas en esta actividad (Morcillo 2014). Además, destaco cómo las transformaciones de la economía global, las repetidas crisis del sistema capitalista y su impacto en países con economías dependientes han dado lugar a una diversidad cada vez más amplia de trabajos íntimos, inestables, flexibles y precarizados (Precarias a la Deriva 2003; Boris y Parreñas 2010; Sanders y Hardy 2014). En este campo laboral diverso e informalizado, mujeres y migrantes se insertan ocasionalmente o de manera más permanente; cambian de actividad o sitio de trabajo; no se

identifican necesariamente con la tarea que realizan o incluso la rechazan, pero al mismo tiempo intentan ampliar sus oportunidades a través del despliegue de una serie de estrategias que involucran el cuerpo y la intimidad.

Estas consideraciones invitan a tomar distancia de categorías rígidas que construyen a las mujeres en actividades sexuales comerciales como una identidad universal, clara y fija. Invitan también a seguir ampliando las nociones de economía y trabajo más allá de las dicotomías mercantilización-intimidad, público-privado, productivo-reproductivo, formal-informal, totalmente elegido-totalmente forzado y, como proponen Narotzky y Besnier (2014), a entender cómo y desde qué marcos de sentido y valor las personas confrontadas con jerarquías ciudadanas y situaciones de fuerte incertidumbre buscan “ganarse la vida”. Los autores argumentan que enfocarse en la cotidianidad de estas personas permite entender que

aquellos, cuyas capacidades para tomar decisiones están restringidas por sus limitados recursos, ya sea en términos de riqueza o poder, son, no obstante, capaces de desarrollar complejas estrategias individuales y colectivas para mejorar su propio bienestar y el bienestar de las generaciones futuras (Narotzky y Besnier 2014, 4).

Las expectativas que las personas empobrecidas construyen en su día a día tienen dimensiones temporales y espaciales y se expresan muchas veces en la movilidad geográfica, que significa una oportunidad de cambiar experiencias pasadas y presentes y abrir posibilidades para el futuro, lo que podría traducirse en movilidad social (Narotzky y Besnier 2014).

El libro se enmarca en los estudios migratorios y utiliza el concepto de *transacciones eróticas* para referirse a intercambios íntimos y económicos que configuran relaciones heterosexuales diversas, de corto o más largo plazo. En estas relaciones, cuerpo, eroticidad, sexualidad y emocionalidad se combinan de diferentes maneras y se convierten en medios para alcanzar los proyectos migratorios y los sueños que las migrantes tienen por llegar a tener una vida diferente para ellas y sus familias. No descarto, sin embargo, el uso de otros conceptos para examinar las especificidades del trabajo sexual en prostíbulos y *nightclubs* y los servicios

erotizados en las barras bar. Mi análisis muestra que las transacciones eróticas, lejos de ser prácticas a las que recurren únicamente mujeres en situaciones de extrema precariedad económica y para resolver necesidades urgentes y puntuales, como sugieren recientes diagnósticos sociales,<sup>6</sup> más bien son intercambios que involucran a grupos más amplios y diversos de mujeres. Ellas son especialmente golpeadas por momentos de recesión económica, desempleo e informalidad laboral, y mientras unas buscan subsistir otras intentan ampliar sus posibilidades de vida, como sugirieron las migrantes que entrevisté.

Para analizar las diferentes transacciones eróticas en las que se involucran las mujeres colombianas y peruanas en El Oro, combiné un análisis macro y microsocioal y examiné cómo fuerzas estructurales, representaciones y discursos (legales, mediáticos y populares), así como la subjetividad de las migrantes –sus deseos, aspiraciones y sus luchas por reinventar sus vidas y constituirse a sí mismas– se articulan y configuran los encuentros íntimos y económicos que ellas mantienen y los sentidos que otorgan a los mismos.

El análisis que propongo parte de y busca aportar a tres cuerpos de discusión teórica que permiten entender mejor la participación de mujeres migrantes en diversas transacciones eróticas: los estudios que analizan la influencia de doble vía entre migraciones y sexualidades; los análisis que abordan el comercio sexual como parte de la reestructuración económica global; y las teorías contemporáneas sobre las fronteras, entendidas como campos de tensión y relaciones sociales cambiantes. A continuación, profundizo en cada uno de estos cuerpos teóricos.

## Conexiones entre migraciones y sexualidades

Los estudios migratorios han tendido a ignorar la sexualidad en la vida de las y los migrantes, como si fuese un elemento secundario o banal en los procesos y experiencias migratorias. En el mejor de los casos, la sexualidad

---

<sup>6</sup> La noción de “sexo transaccional”, que no es nueva en la literatura académica (por ejemplo, Hunter 2002), se ha empezado a usar en reportes de prensa y diagnósticos de organismos internacionales que alertan sobre la violencia que enfrentan mujeres migrantes, principalmente en territorios fronterizos. Véase, por ejemplo, ACNUR y ONU Mujeres (2018), *Mujeres, violencia y fronteras*.

ha sido subsumida al género y abordada desde los estudios de género y migración, pero de una manera que tiende a reproducir nociones normativas tanto de sexualidad como de género, según advierte Manalansan (2006). El autor argumenta que esta tendencia es particularmente evidente en los estudios sobre mujeres migrantes, donde la sexualidad queda relegada a la familia heterosexual, la domesticidad femenina y la maternidad transnacional, o se asocia con diversas formas de violencia sexual, como el acoso y la trata sexual. En cambio, se desconoce que las y los migrantes son sujetos deseantes y deseados, cuya presencia encarnada y experiencias íntimas impactan y a la vez son impactadas por el contexto migratorio (Epps, Valens y González 2005; González-López 2005). Por ello, considero muy actuales las reflexiones de Gayle Rubin (1989) en el sentido de que sexualidad y género son dos ejes de diferenciación, jerarquización y poder intrínsecamente conectados y a la vez diferentes, lo que exige intersecciones productivas entre los estudios feministas y de género y los estudios sobre sexualidad (Viveros Vigoya y Gregorio Gil 2014).

Desde finales de 1990, una creciente literatura publicada en inglés y enfocada en los movimientos sur-norte empezó a visibilizar las conexiones entre migraciones y sexualidades, y puso especial atención en sexualidades no normativas. Aunque buena parte de esta literatura se ha concentrado en las experiencias de *gays*, lesbianas y personas transgénero (GLT) que migran para escapar de la discriminación y encontrar espacios para reinventar sus vidas e identidades, sí ha logrado develar cómo el régimen de la heteronormatividad institucionaliza valores, normas y jerarquías sociales, sexuales y morales que organizan los procesos migratorios de manera más general, aunque con efectos diferenciados para distintos grupos de migrantes. El concepto de heteronormatividad se refiere a los discursos, instituciones, estructuras y prácticas que ayudan a normalizar formas dominantes de heterosexualidad como moralmente justas (Lind 2013), y como universales o parte de la identidad y “costumbres nacionales”. En otras palabras, se naturaliza un régimen que, lejos de ser natural, ha sido impuesto con violencia a partir de la historia colonial capitalista (Lugones 2007), y los ideales, parámetros y criterios morales y legales de diferentes grupos de poder.

Este libro aporta a la literatura definida como *queer migration scholarship* en dos sentidos. Primero, pone más atención en las heterosexualidades,

que todavía no reciben suficiente interés en esta literatura, y esto a pesar de que la categoría analítica *queer*, que poco a poco se introduce y traduce en el contexto latinoamericano (Viteri, Serrano y Vidal-Ortiz 2011), no está restringida a las experiencias de grupos GLT. Al contrario, por definición, *queer* –raro o torcido en español– es todo aquello que cuestiona la idea de lo “normal”, desestabiliza categorías estables y estrictas y, consecuentemente, apunta a posicionamientos y prácticas diversas y liminales desde donde se puede repensar la relación de individuos y colectividades con la nación y la ciudadanía (De Genova 2010; Viteri, Serrano y Vidal-Ortiz 2011). Segundo, dado que la sexualidad, como eje de diferenciación y jerarquización, se expresa de maneras diversas y según contextos y situaciones específicas, argumento que este eje de poder puede tener un rol más central en contextos donde otros ejes, como clase y raza, son menos marcados, tal como sucede en contextos migratorios intrarregionales.

En efecto, las y los migrantes son construidos como un *otro* no solo con base en nociones articuladas de clase y raza o la estigmatización racial que ha sido ampliamente analizada en la literatura migratoria. La otredad también se construye a partir de la superposición entre diferenciaciones sexuales y nacionales que guían inclusiones y exclusiones selectivas. En este libro utilizo la noción de *estigmatización sexual del origen nacional* para explicar cómo se remarcan y naturalizan diferencias y jerarquías, con lo cual se construye a las *otras* migrantes como especialmente peligrosas o especialmente vulnerables, lo que, a su vez, justifica particulares regulaciones y controles migratorios. Estos procesos de diferenciación y estigmatización afectan principalmente a las mujeres, puesto que sus cuerpos han sido, históricamente, el foco de la intervención estatal y de los proyectos de construcción nacional.

En la literatura feminista se ha analizado cómo las normas de género y sexualidad construyen las fronteras internas y externas de la comunidad nacional y a partir de ello establecen jerarquías en torno a la pertenencia nacional (Radcliffe y Westwood 1999; Yuval-Davis 2004). Mayer (2000, 16) pone más atención en la sexualidad y argumenta que la construcción de la nación en cuanto comunidad imaginada e idealizada es un proyecto masculinista y heterosexista, en el que las mujeres y la feminidad son “producida[s] como una forma de contribuir a la reproducción

simbólica, moral y biológica de la nación”. Busco aportar a esta literatura mostrando el papel que tienen las migraciones internacionales en esta construcción generizada y sexualizada de la nación.

Los trabajos de Eithne Luibhéid (2002, 2006, 2008) han sido pioneros en explicar la forma en que leyes y prácticas de control migratorio y fronterizo no solo reproducen la heterosexualidad patriarcal como el orden oficial de la nación, sino que también contribuyen a construir categorías sexuales y de género —esposa, madre, prostituta, lesbiana, víctima de violencia sexual, etc.—, a partir de las cuales se organizan diferentes oportunidades y restricciones migratorias. Es decir, Luibhéid sigue a Foucault y entiende la sexualidad como un dispositivo de saber/poder que produce particulares verdades y subjetividades, y a partir de ello controla, protege y disciplina los cuerpos para así gobernar la población y el porvenir de la nación. La autora argumenta que, en momentos de transformación e inestabilidad, las preocupaciones sobre el futuro de la nación se trasladan hacia la población “extranjera” y particularmente hacia ciertos cuerpos que son considerados “peligrosos” e “indeseables”. Según Luibhéid (2002), las mujeres cuya nacionalidad, clase y etnicidad las vuelve sospechosas de ser prostitutas han estado entre los primeros grupos de extranjeras y extranjeros considerados indeseables. Consecuentemente, ellas han sido sometidas a restricciones y controles, ya que son vistas como focos de contaminación biológica y moral de la nación.

Desde inicios de este siglo, y en medio de importantes cambios generados por los procesos de globalización y regionalización, nuevos temores en torno al futuro, la seguridad y estabilidad de la nación son conectados con los cuerpos de “mujeres extranjeras”, y con nuevos estereotipos sexuales y de género. Así, feminidad, vulnerabilidad y pasividad son fusionadas entre sí y ligadas con repetidas historias sobre mujeres engañadas con dudosas ofertas de trabajo fuera de su país y luego explotadas sexualmente. Andrijasevic (2007) argumenta que estas representaciones “fijan un significado” que se ha vuelto reconocible y relaciona la creciente migración autónoma de mujeres, del “sur” y del “este” principalmente, con los riesgos de prostitución forzada y violencia sexual perpetrada por hombres lascivos y violentos (los “victimarios”). Además, se fija la feminidad a través de la imagen homogénea y en singular de “la mujer”, inocente, pasiva sexualmente y naturalmente vulnerable, y se



fija un territorio (social, laboral y geográfico) seguro para ella, que sería la familia, el hogar y la “propia nación”. Según la autora, estas representaciones y fijaciones son una manera de estabilizar los cambios políticos y sociales producidos por la integración global y regional; por lo tanto, es a partir de un marco de género y de imágenes de cuerpos femeninos violentados sexualmente, que se expresan temores más amplios frente a las fronteras violentadas de la nación, como explicaré más adelante.

Me propongo mostrar que el manejo de las migraciones y la sexualidad femenina van de la mano y explicar cómo este manejo doble e interconectado no sigue lógicas singulares ni dicotómicas (deseabilidad o indeseabilidad, inclusión o exclusión, control o protección). Como varios autores sugieren, siguiendo la noción foucaultiana de gubernamentalidad, las racionalidades que guían el gobierno de las poblaciones migrantes nunca son lineales ni totalmente coherentes, sino que implican combinaciones inestables y muchas veces paradójicas (Walters 2015; Fassin 2005); es el caso de la protección de “migrantes vulnerables” con funciones de control (Fassin 2012) o el disciplinamiento de cuerpos “diferentes” y “abyectos” que no son simplemente condenados y excluidos, sino incorporados en “sistemas de utilidad” (Foucault [1976] 1990). Por esto, las migrantes peruanas y colombianas (y más recientemente venezolanas) en el sector del comercio sexual de Ecuador son incluidas y excluidas y sus experiencias de migración y sexualidad están marcadas por la tolerancia y la vigilancia, las restricciones y el proteccionismo.

Las conexiones entre migraciones y sexualidades conducen a otra importante área de investigación y es la manera en que la sexualidad es impactada y transformada por la experiencia migratoria, lo que muestra que prácticas, identidades, categorías y significados sexuales no son universales ni estáticos sino más bien percibidos, reclamados y habitados de diversas formas, por diferentes personas y en distintos momentos y contextos económicos, sociales y culturales (Luibhéid y Cantú 2005). Es decir, la migración es un sitio importante para la reevaluación de lo sexual, por lo que mujeres y hombres migrantes transforman sus experiencias de feminidad, masculinidad y heterosexualidad durante su proceso migratorio (González-López 2005; Hirsch 1999) y desestabilizan nociones hegemónicas sobre sexualidad y sexo comercial (Hurtado 2008).

Desde esta línea de análisis, destaco el papel central que tienen el contexto y los proyectos migratorios en la manera en que las migrantes viven y perciben las diferentes transacciones eróticas que mantienen, y explico el modo en que los estigmas morales que acechan a las mujeres en este tipo de intercambios se articulan y entran en tensión con otras moralidades y valores económicos y sociales. Dialogo con una literatura que resalta el complejo sistema de valores de sociedades capitalistas (Zelizer 2005, 2006; Lind 2010; Cheng y Kim 2014), donde libertad individual, progreso económico y ansiedades/regulaciones morales van codo a codo, lo que influencia las ambivalentes moralidades de los mercados íntimos y los trabajos sexuales y eróticos (Parreñas 2009; Parreñas, Thai y Silvey 2016).

## Comercio sexual y restructuración económica global

Lejos de pensar que economía e intimidad, comercio y sexualidad son esferas claramente separadas o conectadas únicamente a partir de la violencia sexual, en este libro sostengo que el comercio sexual es parte de procesos económico-políticos, sociales y culturales más amplios y vinculados con la restructuración de la economía global, la movilidad de trabajadoras a través de las fronteras y la globalización de un vasto aparato de consumo (Altmann 2001; Ehrenreich y Hochschild 2003). Me apoyo principalmente en una literatura feminista estructuralista que analiza cómo la expansión del capitalismo moderno ha integrado las economías y los mercados a nivel mundial y ha exacerbado las desigualdades sociales y espaciales, lo que ha tornado a las migraciones y el sexo comercial en medios a través de los cuales las mujeres se incorporan a la economía global (Lim 1998; Sassen 2002), sea para subsistir o para avanzar y salir adelante (Brennan 2004).

Los análisis de Sassen (2002) y Lim (1998) son importantes para entender la manera en que la globalización económica ha impactado en los llamados países en desarrollo y ha incorporado a las mujeres en mercados laborales desprotegidos y precarizados. Las autoras pasan de la idea abstracta y poco explicada de “pobreza” a un análisis más detallado sobre el modo en que determinados patrones de desarrollo y políticas

macroeconómicas abren los mercados locales al comercio mundial, estimulan el crecimiento económico y fomentan nuevas formas de consumo, mientras desregulan el trabajo, recortan o privatizan los servicios que ofrecía el Estado (salud, educación, etc.) y, consecuentemente, desplazan la protección y otras obligaciones sociales hacia los individuos y las familias. Este tipo de políticas, que cobran fuerza en la fase neoliberal del capitalismo y tienen efectos diferenciados en términos territoriales, de clase, género, entre otros, han configurado el contexto en el cual las migraciones internas e internacionales se incrementan y el sexo comercial se vuelve una estrategia más extendida para generar ingresos. Es decir, los dineros que genera el comercio sexual nacional y transnacional no son únicamente para empresas y comerciantes formales e informales, legales e ilegales, sino también para personas y familias empobrecidas, así como para Estados endeudados que reciben réditos directos o indirectos por las remesas de las migrantes y los negocios de comercio y turismo sexual.

En países latinoamericanos, el capitalismo neoliberal se consolidó desde finales del siglo pasado a través de la implementación de políticas de ajuste estructural recomendadas por organismos internacionales. El discurso modernizador y las lógicas pragmáticas que guían el régimen neoliberal no solo penetraron la economía sino también las relaciones sociales y personales (Gago 2014), así como la relación con la naturaleza. Esto último es particularmente evidente en territorios donde las actividades extractivas han tenido un papel central en conectar las economías de la región con el mercado mundial. Aquí, la extracción y explotación de recursos naturales y laborales están apalancadas por la extracción/explotación de deseos y los servicios sexuales que ofrecen las mujeres para reproducir una fuerza de trabajo sobreexplotada (Cohen 2014; Hoffman y Cabrapan 2019), tal como sucede en la provincia de El Oro.

En otro *corpus* de literatura se argumenta que no solamente el sexo sino también el cuerpo y la intimidad, de manera más general, han entrado al sistema de producción/consumo de bienes y servicios y a los procesos de acumulación capitalista (Salzinger 2000; Landa y Marengo 2011), y también se analiza cómo en estos procesos el trabajo se ha transformado y feminizado. Conceptos como “trabajo emocional” (Hoschild 1983), “trabajo sexo-cuerpo” (Wolkowitz et al. 2013) o “trabajos íntimos” (Boris

y Parreñas 2010), que utilizo en este libro, sirven para explicar la serie cada vez más diversa de actividades que realizan mujeres y otros sujetos feminizados para reproducir la vida de otros y también la suya propia. Estos conceptos amplían la noción de reproducción social. Además, la noción de trabajos íntimos resalta las continuidades entre diferentes actividades feminizadas que son estudiadas de manera separada, como aquellas que implican cuidar, asear, servir y ofrecer compañía y servicios eróticos y sexuales. Los trabajos íntimos requieren interacciones personales y muchas veces corporalmente cercanas para solventar necesidades que brindan bienestar físico y emocional a través de una atención y servicios personalizados, en espacios tan diversos como sitios turísticos y de entretenimiento para adultos, centros médicos, estéticos y de cuidado personal, y lugares más privados como departamentos y hoteles.<sup>7</sup> Los análisis que parten de este concepto explican que así como el capital saca ventajas del “plusvalor” que es producido por estos trabajos intensivos –“entregados en cuerpo y alma”–, flexibles, abaratados y desprotegidos, las mujeres involucradas en estas actividades también intentan hacerlo (Parreñas, Thai y Silvey 2016; Parreñas 2009; Cheng 2007).

Los trabajos íntimos, erotizados o directamente sexuales, reflejan dos procesos que se han dado paralelamente en el marco del capitalismo global. Por un lado, la mercantilización y precarización del trabajo, que Kasmir y Carbonella (2014), desde el enfoque de la antropología global del trabajo, conectan con un proceso más amplio que es la desposesión material y la diferenciación/jerarquización que organizan las relaciones laborales y sociales a nivel mundial, y que desvalorizan y simultáneamente valorizan a aquellos cuerpos-trabajo feminizados, racializados, extranjerizados y sexualizados. Por otro lado, la mercantilización de la vida íntima (Constable 2009), también ligada a transformaciones más

---

<sup>7</sup> Boris y Parreñas (2010) explican algunas diferencias entre el trabajo emocional, que ha sido más estudiado, y los trabajos íntimos que ellas analizan. Una de estas diferencias es que los trabajos íntimos muchas veces requieren un relacionamiento directamente mediado por el cuerpo e incluso contacto sexual, sea personal o virtual. Esto no siempre sucede en los trabajos emocionales, que pueden ser erotizados por quienes reciben este tipo de servicio pero no requieren interacción corporal directa, como en el caso de las azafatas que estudia Hoschild (1983). Asimismo, actividades que requieren un uso directo del cuerpo y sus fluidos, como en el caso de “donantes” de esperma en clínicas privadas, no requieren “gestionar las emociones”, como sí sucede en los servicios de compañía que realizan mujeres y hombres.

amplias en las relaciones de género y sexuales, incluyendo transformaciones en el comercio sexual (Bernstein 2007; 2010) y en la vivencia de la intimidad de manera más general (Zelizer 2005; Padilla et al. 2007).

En otras palabras, el capitalismo global ha intensificado los vínculos entre economía e intimidad, comercio y sexualidad y ha vuelto más borrosas las divisiones entre trabajo formal e informal, voluntario y forzado (Mezzadra y Neilson 2017; Doezema 1998) e incluso entre intimidad mercantilizada y no mercantilizada (Cabezas 2004, 2009; Zelizer 2005; Bernstein 2010). En este sentido, prostitución y trabajo sexual pueden ser marcos limitados para analizar toda una serie de relaciones íntimas-económicas donde participan grupos cada vez más amplios de la población que han sido golpeados por la reestructuración económica global. Las reflexiones de Amalia Cabezas sobre las “economías del deseo” en el Caribe son especialmente iluminadoras, pues muestran que no solo trabajadoras sexuales organizadas, sino también diversos grupos de mujeres y hombres participan en relaciones íntimas transnacionales, muchas de las cuales son ocasionales y ambiguas. Estas relaciones mezclan sexo, intimidad, afectividad y diferentes formas de compensación material, y son parte de “tácticas” para aliviar las privaciones económicas de la vida diaria, complementar salarios bajos y responder a procesos de transición económica (Whitehead y Demirdirek 2004). Aunque algunas de estas relaciones son definidas por quienes se involucran en ellas como una forma de trabajo, otras no son consideradas como relaciones laborales ni puramente sexuales y es en este sentido que el concepto de trabajo sexual resulta limitado.

Siguiendo la literatura antes citada, en este libro intento explicar cómo las dinámicas del comercio sexual se han transformado y diversificado en El Oro y otras provincias ecuatorianas debido a los cambios que se han producido en la economía local y global y en diversos aspectos de la vida social. Mi análisis, sin embargo, pone en cuestión la idea de que la confluencia entre sexo, intimidad y economía sea un proceso relacionado únicamente con el capitalismo tardío, sociedades postindustriales y las clases medias, como sugieren los trabajos de Cabezas (2004, 2009) y Bernstein (2007). Diversos estudios<sup>8</sup> revelan que, en

---

<sup>8</sup> Piscitelli (2007) analiza el caso de Brasil; Zelizer (2005) se enfoca en Estados Unidos; Hunter (2002) en Sudáfrica; Talbot (1989) en Nigeria y Kenia.

diferentes momentos y contextos culturales, las mujeres confrontadas con la subsistencia y el consumo se involucran en relaciones íntimas basadas en regalos y ayudas económicas. Lo que ha cambiado en el contexto del capitalismo tardío es que estas relaciones íntimas-económicas están más mediadas por una infraestructura comercial (intermediarios que conectan la oferta y demanda de servicios íntimos), tecnológica (comunicación y publicidad) y regulatoria (normas y controles),<sup>9</sup> aunque al mismo tiempo son relaciones más difusas, dispersas y que atraviesan diferentes espacios, físicos y virtuales, públicos y privados. Por esto, algunas migrantes colombianas y peruanas en El Oro pasaron de los espacios públicos del comercio sexual a encuentros íntimos más privados o recurrieron a ambos para sortear las dificultades del proceso migratorio y expandir sus oportunidades de vida. Este tipo de relaciones, que no encajan bien en nociones formales e idealizadas de trabajo ni en la noción de trabajo sexual, develan las estrategias cotidianas que utilizan las personas confrontadas con la desigualdad y la incertidumbre para acceder a recursos y sostener sus vidas.

En consecuencia, así como señalo los límites del concepto de trabajo sexual para analizar las experiencias de mujeres migrantes en diversas transacciones eróticas, también resalto que un análisis que parta exclusivamente desde el marco de la violencia de género y sexual resulta limitado. Este marco deja de lado la manera en que las divisiones y jerarquías de género y sexuales se articulan con otras divisiones y jerarquías sociales (étnicas, raciales, nacionales, etc.), y presta limitada atención a cómo la violencia basada en género se conecta estrechamente con otras violencias, económicas, laborales, estatales.

---

<sup>9</sup> Mi uso de la noción de infraestructura se apoya en el análisis de Biao y Lindquist (2014), quienes se enfocan en las migraciones internacionales y las definen como un “proceso mediado”. Los autores se refieren a cinco dimensiones de la infraestructura migratoria, que incluye las tres que he mencionado, más una dimensión social, que se refiere a redes integradas por las mismas personas migrantes, y una dimensión humanitaria, que incluye a ONG y organismos internacionales que atienden a población migrante y que se han vuelto centrales en el caso de migrantes en el comercio sexual. La noción de infraestructura también es usada en la literatura sobre los mercados íntimos, para explicar cómo estos se desarrollan, organizan y adquieren determinados sentidos a partir de una infraestructura institucional y social (Constable 2016).

## Fronteras: campo de tensiones y relaciones sociales cambiantes

Las fronteras internacionales han sido tradicionalmente vistas como divisiones naturales y fijas que separan y distinguen espacios territoriales y sociales compuestos por poblaciones y culturas esencialmente diferentes entre sí. Los procesos de integración global y regional, y en particular las migraciones internacionales, han complejizado estas visiones y han transformado nociones tradicionales de pertenencia, ciudadanía y soberanía, pues las y los migrantes conectan sus vidas con más de un Estado nación y trastocan los ordenamientos nacionales y fronterizos. Al mismo tiempo, debido a los crecientes movimientos migratorios, las ideologías y prácticas nacionalistas se han reforzado, para tratar de frenar lo que se percibe como una “crisis de fronteras” (Berman 2003), tanto en términos legales como culturales.

En este libro analizo las fronteras más allá de la idea de líneas claras y fijas que conectan o separan, que se cierran o se abren, incluyen o excluyen. Las fronteras son espacios donde diferentes escalas se superponen, por lo que la mezcla, la “confusión” y una red de relaciones marcadas por alianzas y conflictos definen la cotidianidad de la frontera y sus particulares dinámicas sociales, económicas y culturales (Grimson 2000; Vila 2003a; Van Schendel 2005). Mi análisis se enmarca en una literatura que parte de enfoques construccionistas para analizar cómo la frontera se produce y reproduce en contextos y situaciones específicas; cómo se impone, se desestabiliza y cambia a partir de la circulación de personas, productos e ideas, y por poderes/saberes que no solo incluyen las fuerzas del Estado nacional, sino también a actores locales, internacionales y no gubernamentales (Nieto Olivar 2016). En este sentido, la noción de *fronterización* (Casas-Cortes et al. 2015; Grimson 2003) resulta muy adecuada para pensar las fronteras como un conjunto de relaciones sociales cambiantes y filtros diferenciales y selectivos a la movilidad y al acceso a derechos. Esta noción cuestiona la idea del muro estable y fijo que cierra el paso de bienes y personas, y que controla, excluye y violenta de manera homogénea y generalizada, como dicen críticamente Mezzadra y Neilson (2017). Estos autores destacan que la frontera es siempre un campo de tensiones pues implica tanto cruces como restricciones, oportunidades y limitaciones, violencia y desafío.

En esta línea de análisis, estudios etnográficos destacan que las regiones de frontera ofrecen un punto de vista particularmente interesante sobre las relaciones jerarquizadas y a la vez interdependientes entre territorios “periféricos” y “centrales”. El antropólogo argentino Alejandro Grimson (2000) propone colocar a la periferia en el centro de los análisis sobre el Estado, la nación y sus márgenes. El autor argumenta que “en la medida en que las fronteras interestatales son espacios en los cuales se condensan las relaciones entre poblaciones y estados, constituyen zonas centrales (no periféricas) de negociaciones y disputas” culturales, políticas y económicas (Grimson 2000, 30). De igual manera, poner atención en las relaciones jerarquizadas e interdependientes entre los centros globales y las periferias fronterizas locales, como hago en este libro, permite destacar la importancia múltiple que tiene el estudio de la frontera y sus poblaciones. Tal estudio revela el carácter histórico (no natural) de las divisiones territoriales, sociales y nacionales, y devela

cómo agentes considerados ‘marginales’ ubicados en zonas ‘periféricas’ [trabajadores y trabajadoras migrantes, comerciantes o ‘contrabandistas’] pueden cumplir un papel central en la construcción del Estado nación [...], así como en la redefinición de características y sentidos de las fronteras contemporáneas (Grimson 2000, 30).

Siguiendo a Grimson y a otros autores cuyos análisis parten desde regiones fronterizas, problematizo también las comprensiones naturalizadas y separaciones estrictas entre actividades “lícitas” e “ilícitas” que se dan en y a través de las fronteras y analizo en qué forma estas actividades son entendidas, vividas y combinadas por actores fronterizos (Van Schendel 2004; Van Schendel y Abraham 2005).

El principal aporte que este libro ofrece a la literatura citada es analizar cómo sexualidad y género intervienen en los procesos de fronterización. Aunque las reflexiones de académicas feministas son indispensables para entender los vínculos entre fronteras, género y sexualidad, esas reflexiones han abordado las fronteras principalmente como líneas imaginarias e imaginadas que estructuran jerárquicamente la ciudadanía y órdenes que se encarnan en los cuerpos de las mujeres, vistos como “territorios” de dominación, lucha y resistencia (Yuval-Davis 2004; Yuval-Davis y Stotzler



2002; Mayer 2000). Por ello, complemento esta literatura con estudios etnográficos que ponen más atención en la territorialidad y materialidad de la frontera y en la manera en que género y sexualidad son producidos en contextos fronterizos específicos y a su vez producen/reproducen la frontera (Wilson y Donnan 1998; Donnan y Wilson 1999; Vila 2003b; Caggiano 2007; Nieto Olivar 2015, 2017).

Así, Donnan y Wilson (1999) destacan que las fuerzas que delimitan los espacios geográfico-políticos como líneas en un mapa demarcan también la topografía de los cuerpos y, a partir de esto, las identidades personales y sociales. Es decir, los mapas de las fronteras son también los mapas de los cuerpos que habitan y cruzan los territorios fronterizos (*border maps-body maps*). Los autores se refieren a la forma en que el poder de clasificación, ordenamiento y jerarquización de las fronteras extranjera ciertos cuerpos y los marca tanto simbólica como material y corporalmente. Erotizar los “cuerpos ajenos” y a partir de ello incluirlos de maneras muy específicas en la geografía fronteriza –como objetos de fantasías y deseos, fuerza de trabajo sexualizada, grupos particularmente vigilados y controlados– es parte de este poder de clasificación/ordenamiento/jerarquización, y es también parte de la “sexualización de la política fronteriza”. Con esto último, Donnan y Wilson (1999) se refieren a que el sexo, y particularmente la prostitución, es un elemento que recurrentemente emerge en el imaginario y la política de la frontera: como mercancía que se intercambia en la economía local fronteriza, percibida a modo de un territorio que ofrece amplias oportunidades para actividades ilegales; como un factor que se juzga responsable de la transmisión de enfermedades y la contaminación, y como el foco de actos violentos que se marcan sobre el cuerpo de las mujeres. La prostitución sobresale en el imaginario y en la política fronteriza porque refleja el tipo de flujos y conexiones –económicas y sociales– que se dan en y producen la frontera (Nieto Olivar 2015, 2017), y en este sentido es una metáfora de las relaciones, cercanas y a la vez potencialmente peligrosas, entre los Estados y a lo largo de sus bordes (Donnan y Wilson 1999).

Esto revela conexiones más amplias entre el cuerpo y la sociedad, o más concretamente la “estrecha relación [...] entre los límites del cuerpo y los límites de cualquier sistema social, límites que son cruciales en

cualquier situación fronteriza”, como argumenta Vila (2003a, 75). Su análisis se basa en el trabajo de la antropóloga Mary Douglas, quien afirma que el cuerpo, y especialmente el cuerpo femenino, es un modelo que puede representar cualquier sistema o estructura compleja, contenida y abierta al mismo tiempo, y donde los bordes-límites son siempre inestables y vulnerables. Por lo tanto, si vemos el cuerpo como metáfora de una sociedad en sus márgenes, sostiene Vila, se puede entender por qué los territorios que están en las márgenes de un Estado nación son percibidos como sitios donde una apertura no regulada podría implicar un encuentro peligroso con el “otro” y, consecuentemente, dar lugar a riesgos de penetración, contaminación, desorden y violencia.

Las reflexiones de Vila resuenan con los análisis de un creciente número de autoras en los últimos años para explicar de qué manera, en tiempos de migraciones internacionales crecientes y feminizadas, los temores ante fronteras vulnerables/vulneradas se articulan con los temores ante cuerpos de mujeres vulnerables/vulneradas, y desde el marco moral de la violencia sexual son usados para justificar políticas más estrictas de vigilancia y control de las migraciones, las fronteras y el sexo comercial (Ticktin 2008; FitzGerald 2012; Bernstein 2010, 2014). Es así que uno de los objetivos de este libro es mostrar que la atención pública que despiertan las migrantes en mercados sexuales y eróticos no solo revela preocupaciones sobre la integridad y el bienestar de este grupo de migrantes, sino también preocupaciones más amplias sobre las fronteras abiertas y los cambiantes e inestables órdenes nacionales, de género y sexuales. En otras palabras, en tiempos de integración las preocupaciones sobre la nación, su soberanía y su estabilidad material, social y moral se refuerzan y son respondidas con ideologías y prácticas nacionalistas, y con un régimen globalizado de las migraciones y las fronteras que está muy presente en América Latina (Mezzadra, Cordero y Varela 2019). Quiero insistir, sin embargo, en que las fronteras implican siempre relaciones cambiantes e inestables, movimientos y restricciones, poderes y luchas, y las mujeres, como actoras de los procesos migratorios y los cruces fronterizos, no están al margen de este campo de tensiones. Sus cuerpos y su sexualidad son, como ya mencioné, un sitio importante para reimaginar, reforzar y renegociar fronteras territoriales y simbólicas.

## El proceso de investigación: potencialidades, limitaciones y dilemas

Contenido y método no son entidades separadas (Rosaldo 2000), como mostré en la sección anterior. En esta sección profundizo en esta idea a través de una reflexión sobre el proceso de investigación que dio forma al contenido de este libro. Entiendo este proceso de producción de conocimiento como situado y posicionado (Haraway 1988). Está directamente guiado por la acción de los y las investigadoras, su posición en una estructura social jerarquizada, sus valores, posturas (académicas y políticas) y el tipo de relaciones que construyen con los sujetos de investigación, según han explicado largamente académicas y académicos sensibles con la manera en que se estudia y escribe sobre sujetos marginalizados (Clifford 1983; Abu-Lughod 1993; Schepher-Hughes 1997; Bourdieu 1999).

Desde un inicio, este proyecto fue diseñado para acercarme a las migrantes peruanas y colombianas a partir de un enfoque integral, que tomara en cuenta y las acompañara en sus espacios laborales y no laborales, y de esta manera aprehendiera a estas mujeres en cuanto sujetos sociales (migrantes, trabajadoras, madres, hijas, esposas, novias, etc.) y no solo como sujetos sexuales. Mi objetivo también fue abrir espacios discursivos para que ellas pudieran mencionar los temas que estimaran prioritarios, desde sus propias visiones y argumentaciones. Esto fue posible porque mi primer período de trabajo de campo fue bastante largo (dos años repartidos entre 2007 y 2011) y esto me permitió ubicar estos temas prioritarios y otros que no había considerado y que exigieron reorganizar algunos aspectos de mi proyecto inicial. Es decir, contar con suficiente tiempo para una investigación paciente y reflexiva me ayudó a evitar, en gran medida, lo que Bourdieu (1999) llama el “efecto imposición”, a través del cual investigadoras o investigadores, lejos de intentar comprender más bien se mantienen rígidamente en su plan inicial, ignoran las preocupaciones, concepciones y argumentaciones de los sujetos de estudio e imponen problemáticas, intereses e ideas preconcebidas.

Consciente de que mi investigación dependía de mi acceso y relaciones de confianza con mujeres colombianas y peruanas en mercados sexuales y eróticos de El Oro, así como de un conocimiento más cercano de las dinámicas fronterizas de esta provincia, me mudé a Machala, donde

viví durante cuatro años. No obstante, ya en el escenario del trabajo de campo, las dificultades para contactar y establecer relaciones cercanas con los sujetos de estudio se hicieron evidentes. Logré superar algunas de estas dificultades gracias a mis contactos previos con organizaciones locales, especialmente de trabajadoras sexuales y líderes de esas agrupaciones, que me apoyaron como asistentes de investigación.

Las trabajadoras sexuales locales me ayudaron a acceder a espacios formales e informales del comercio sexual de Machala y otras ciudades orenses. Además, ellas me ofrecieron información de primera mano sobre este sector y me familiarizaron con la jerga, opiniones, problemas e intereses de mujeres que ofrecen servicios sexuales, sobre todo ecuatorianas. Con estas mujeres viajé por casi toda la provincia y con ellas fui a los centros de salud donde, hasta 2015, quienes ofrecen esos servicios estaban obligadas a pasar controles médicos mensuales y tener una tarjeta de salud (que hoy es, oficialmente, voluntaria, aunque se sigue exigiendo para permitir el trabajo sexual en algunos negocios). En esos centros realicé mis primeros contactos con colombianas y peruanas que ofrecen servicios sexuales de manera más formal y relativamente estable. Asimismo, contacté con organizaciones de trabajadoras sexuales y con una organización local, Fundación Quimera, que desde hace muchos años trabaja en temas de salud sexual y en la problemática de la explotación sexual contra niñas, niños y adolescentes. Con estas organizaciones participé en varios proyectos que me permitieron entrar a barras bar, prostíbulos y *nightclubs*, donde también contacté a colombianas y peruanas. Sin embargo, ganar la confianza de estas mujeres no fue sencillo.

Al inicio, las migrantes mostraban constantemente desconfianza. Me di cuenta de que mi nacionalidad y mi posición como investigadora y académica de clase media, que hacía preguntas y probablemente invadía sus vidas, generó sospechas y creó barreras. En cambio, mi participación en organizaciones de defensa de los derechos de migrantes y trabajadoras sexuales me abrió más puertas y me posicionó como una “aliada” y digna de mayor confianza. Como integrante de una red de organizaciones sociales que trabajaba (hasta 2010) con poblaciones de inmigrantes, refugiados y familiares de emigrantes, compartí con las migrantes colombianas y peruanas información sobre legislación migratoria y junto a las organizaciones de trabajadoras sexuales repartí preservativos e información sobre

salud sexual. Fue así que unos meses después de iniciada la primera etapa de investigación empecé a entablar relaciones cercanas con algunas migrantes. La etnografía y un largo período de trabajo de campo brindaron aportes centrales a mi proceso de investigación.

El trabajo etnográfico me acercó a las dinámicas económicas, políticas, sociales y culturales de la frontera desde las experiencias cotidianas de personas concretas en lugares concretos. La etnografía reveló, por tanto, la especificidad de las experiencias de migración, trabajo e intimidad de mujeres migrantes. Estas experiencias suelen ser englobadas e interpretadas desde marcos de análisis generalizantes y que no siempre reflejan la heterogeneidad (de acuerdo con el género pero también con la edad, clase, raza, nacionalidad, estatus migratorio, etc.), tensiones y ambivalencias que las migrantes viven y destacan en sus narrativas. Algunos académicos y académicas definen estos marcos de análisis como “modelos abstractos” y “expertos” (*expert models*) que, desde explicaciones puramente formales (ya sea legales o económicas), construyen autoridad y se convierten en “dispositivos técnicos” de control y poder. Besnier y Narotzky (2014, 12) señalan que estos modelos son

intentos de ordenar y controlar una realidad desordenada a través de la abstracción: el control a través de la producción de conocimiento y el dominio epistémico, y el control de la acción humana a través de la fuerza performativa no solo de los diseños (de investigación) sino de las relaciones que estos modelos privilegian.

El largo trabajo de campo también fue fundamental para entender que las opiniones, intereses y sentimientos que las migrantes colombianas y peruanas expresan sobre su trabajo, sus relaciones y su vida en Ecuador cambian con el tiempo, y que ellas, tal como las investigadoras e investigadores, tienen sus propias estrategias de presentación y relacionamiento, incluyendo las mentiras. Así, por ejemplo, a los seis meses de mi primer contacto con Piedad, una migrante peruana que trabaja en burdeles de Machala, y después de varias conversaciones informales con ella e incluso una entrevista formal y grabada, me pidió que fuera a su casa porque quería discutir un “asunto” conmigo. Después de conversar un rato, le pregunté sobre el asunto que quería discutir, y ella, sosteniendo su cabeza entre sus manos, respondió: “Es que te menté bien feo, discúlpame, es que todavía no te

tenía mucha confianza”. Al escuchar su confesión pensé que era comprensible que las migrantes involucradas en actividades estigmatizadas, y cuyo estatus migratorio ha sido irregularizado por políticas selectivas y restrictivas, prefieran no revelar información personal delicada o decidan mentir al respecto, porque nunca saben cómo será utilizada esta información.

En consecuencia, con el fin de proteger la privacidad de los sujetos de este estudio, he cambiado todos sus nombres, incluyendo los “nombres artísticos” que utilizan para trabajar, y he evitado mencionar demasiados detalles sobre la ubicación de sus lugares de trabajo. Por esto mismo, decidí no revelar información íntima que solo sirve para nutrir el morbo de algunos lectores o para reproducir historias sensacionalistas sobre las migrantes en el comercio sexual. Asimismo, mantengo en privado información delicada sobre las estrategias que las migrantes irregularizadas y los pobladores de frontera sin acceso a medios formales de vida utilizan para acceder a recursos, ya que estoy consciente de que esta información podría servir para reproducir estereotipos e incrementar prácticas de vigilancia y control que ya existen. Es decir, he evitado caer en lo que De Genova (2002) define como “pornografía antropológica”, que es una manera, consciente o inconsciente, de construir “objetos etnográficos” y “mostrar solo por mostrar”. Según el autor, el riesgo que esto tiene cuando se estudia a migrantes irregularizados –y yo agregaría a otros sujetos envueltos en actividades informales o “ilícitas”– es que la “divulgación etnográfica puede convertirse literalmente en una especie de vigilancia, efectivamente cómplice o totalmente al servicio del control estatal” (2002, 422), tal como hacen algunos medios de comunicación cuando informan sobre estos temas y sujetos.

Durante mi primer período de trabajo de campo tuve conversaciones con unas 80 mujeres colombianas y peruanas, pero establecí una relación más cercana y a largo plazo con 35 de ellas (16 colombianas y 19 peruanas), con quienes realicé varias entrevistas en profundidad. Entre 2017 y 2018 (cuatro meses) contacté y conversé con una decena de migrantes más, de las cuales entrevisté en profundidad a seis mujeres (tres peruanas y tres colombianas) y volví a contactar a cuatro de mis antiguas interlocutoras, con quienes he mantenido encuentros y sobre todo conversaciones telefónicas de manera esporádica en estos años. Las historias de estas 41 migrantes son la base de este libro. Estas migrantes tenían entre 19 y 43

años cuando las contacté por primera vez. Son solteras, separadas y (en menor proporción) casadas, con hijos y sin ellos, de bajo y medio nivel de educación formal. La mayor parte (38) son mestizas y tres son afrodescendientes. Llegaron a Ecuador en diferentes períodos, entre 2002 y 2012, y mientras algunas migraron de manera más permanente a este país, otras, especialmente las peruanas, van y vienen en movimientos temporales o circulares, aprovechando la cercanía. Solo una colombiana solicitó formalmente refugio en Ecuador, pero su solicitud fue negada.

Aunque examino las experiencias de dos grupos nacionales, mi interés no es presentar un estudio comparativo sino más bien destacar la heterogeneidad de las experiencias de mujeres migrantes. Por ello, a lo largo del libro explicaré algunas similitudes y diferencias entre las migrantes colombianas y peruanas en El Oro, así como particularidades que dependen del lugar de trabajo y el tipo de intercambios íntimo-económicos que estas migrantes mantienen.

Mi trabajo etnográfico incluyó observación en prostíbulos, *nightclubs* y barras bar de diferentes ciudades orenses, lo que implicó pasar largas horas, en el día y la noche, dentro de estos negocios, conversando con clientes, administradores, trabajadoras y trabajadores. Esto me permitió conocer y entender desde cerca el ambiente y relaciones que se dan dentro de estos negocios. También visité y observé las dinámicas cotidianas en los diferentes pasos fronterizos (formales e informales) y puestos de control entre El Oro y Tumbes, y entrevisté a autoridades locales y de frontera, especialmente en Machala, Puerto Bolívar y Huaquillas, en el lado ecuatoriano. En 2010 estuve un mes en el norte de Perú, donde entrevisté a autoridades de Tumbes y Piura, y visité a una de mis interlocutoras y a su familia, en un barrio marginal de Piura. Toda esta información fue complementada con la revisión de documentos primarios y secundarios.

Mi propósito no es generalizar a partir de 41 historias, sino explicar con detalle y analizar con reflexión crítica una realidad específica en un contexto también específico, y a partir de esto destacar el potencial teórico, como dice Lawson (2000), que ofrecen las historias de mujeres migrantes. La autora señala que al enfocarse en personas reales y destacar matices y ambivalencias, estas historias cuestionan análisis abstractos y categorías estáticas, lo que permite pasar de conceptos distantes a otros más cercanos a las experiencias de las personas estudiadas, que es lo que intento realizar en este libro. Sigo

también a Abu-Lughod (1993, 27), quien resalta que las historias cotidianas de las mujeres introducen el elemento del tiempo y rompen la coherencia, por lo cual “entrenan nuestra mirada en el flujo y la contradicción”. Esto sugiere que “otros viven como nosotros nos percibimos viviendo, no como autómatas programados según reglas ‘culturales’ o la actuación de roles sociales, sino como personas que pasan por la vida preguntándose qué deben hacer [...], soportando trágicas pérdidas personales, disfrutando de otros y encontrando momentos de risa”. Esto fue justamente lo que encontré cuando me acerqué a las migrantes peruanas y colombianas.

### Cruce de fronteras: academia y activismo

Debido a mi posición comprometida con los derechos de migrantes y trabajadoras del sexo no solo establecí relaciones cercanas con los sujetos que son el centro de este estudio, sino que también me enfrenté a dilemas y preguntas difíciles, tanto teóricas como éticas, metodológicas y políticas, que influyeron en el análisis y la redacción de este libro. Los dilemas y conflictos internos que sentí durante el proceso de investigación estaban relacionados con el cruce entre el trabajo académico y el activismo social. Numerosas notas de campo que escribí contienen preguntas relacionadas con la “utilidad” de mi investigación académica y se refieren a los problemas cotidianos que viven las migrantes en el sector del comercio sexual, como detenciones, deportaciones, controles migratorios abusivos y malos tratos de parte de empleadores, clientes y parejas, y la necesidad que ellas tienen de encontrar soluciones rápidas a estos problemas. Tuve la tentación de intervenir en algunos de estos casos, y a veces lo hice, pero esto no resolvió mis dudas ni cambió mayormente los problemas que enfrentan las migrantes; tampoco respondió mis preguntas sobre el papel de la academia frente a la injusticia social y situaciones marcadas por el poder.

El temor a cruzar fronteras estaba fundado en ideas comunes sobre la distancia necesaria que las y los investigadores debemos mantener con relación a los temas y sujetos de estudio. Estas ideas han sido desafiadas en casi cuarenta años de literatura crítica sobre la investigación social (Rosaldo 2000; Scheper-Hughes 1997; Harding 1993; Clifford 1983), así que este desafío fue el que finalmente tomé en mi trabajo.



Las preguntas y dilemas que provocó el trabajo de campo y las experiencias que observé y viví con las migrantes colombianas y peruanas en El Oro me llevaron a lo que Routledge (1996, 403) define como un “compromiso crítico” que “se esfuerza por trabajar tanto dentro de la academia como fuera de ella”. Para el autor, los encuentros entre academia y activismo requieren un “tercer espacio” que permita negociar estos dos sitios. Un espacio donde cada uno de estos sitios informe y aprenda del otro, entrelazando así los roles de activista y académica de una manera significativa y que rebasa, en ambos casos, las respuestas rápidas a problemas puntuales. Más bien, academia y activismo parten de la indagación, la comprensión y reflexión crítica sobre las causas profundas de la injusticia social y de un compromiso para transformar esta situación.

En mi interés por hacer una investigación cercana y colaborativa con los sujetos de estudio me enfrenté, sin embargo, a algunas limitaciones. Un trabajo colaborativo y activista requiere, como sostiene Hale (2011), cierta alineación y participación activa de individuos y grupos organizados e interesados en cambiar las condiciones sociales. Pero en el momento de mi investigación la gran mayoría de las migrantes que contacté no estaban ni organizadas ni interesadas en participar en este tipo de iniciativas.<sup>10</sup> Debido a su estatus migratorio irregularizado (en la mayoría de los casos) y a la naturaleza estigmatizada de su trabajo, ellas preferían permanecer invisibles. Además, muchas migrantes en el comercio sexual se concentran en trabajar duro para enviar dinero a sus familiares en sus países de origen, ahorrar todo lo que puedan y dejar pronto un trabajo que les incomoda. Otras, sobre todo peruanas, estaban involucradas en procesos migratorios temporales y circulares, de modo que no les interesaba ni organizarse ni reclamar derechos en Ecuador. Aun así, ellas sí estaban interesadas en cambiar los discursos y prácticas diarias que las estigmatizan y discriminan, y supongo que por eso estuvieron de acuerdo en contarme sus historias.

Por tanto, el “tercer espacio” desde el cual surge este libro implicó que durante los largos años de mi investigación utilizara la información que iba recogiendo y analizando para colaborar y participar en diferentes iniciativas que se llevaron a cabo fuera de la academia, como talleres de discusión con autoridades locales y nacionales e incidencia en la formulación de políticas

---

<sup>10</sup> Actualmente sí hay grupos de mujeres migrantes que ofrecen servicios sexuales y están organizadas.

públicas frente a poblaciones migrantes y trabajadoras sexuales. Al mismo tiempo, mi compromiso con los derechos de migrantes y trabajadoras del sexo influyó en mi trabajo académico y en la redacción de este libro.

En primer lugar, esta influencia se expresa en el hecho de que en mi investigación prioricé las experiencias vividas, voces, explicaciones y percepciones de aquellas personas que han quedado fuera del proceso de producción de conocimiento, como son poblaciones en territorios fronterizos y mujeres migrantes en mercados sexuales y eróticos, que son el centro de este libro. En segundo lugar, mi análisis resalta la manera en que estructuras entrecruzadas de poder construyen las condiciones económicas, sociales, políticas y legales que convierten a estas migrantes ya sea en figuras sospechosas o en sujetos “vulnerables” o “víctimas”. Por esto, prefiero hablar de irregularización migratoria, vulnerabilización y victimización, como procesos y condiciones que son resultado de relaciones de poder y no características fijas y naturales de mujeres y migrantes. Finalmente, escribo pensando en una audiencia que rebese el ámbito académico y por esto utilizo un lenguaje que sea más accesible a un grupo mayor: a las personas cuyas experiencias busco explicar (migrantes, trabajadoras sexuales, pobladores de frontera), y a actores estatales, organizaciones sociales y organismos internacionales que intervienen en la formulación e implementación de políticas públicas y financian proyectos relacionados con los temas que aborda este libro.

## Organización de la obra

En los seis capítulos de este libro trato sobre las conexiones entre migraciones, sexualidades y fronteras, y en cada capítulo resalto uno de estos temas y sus vinculaciones. En los capítulos 1 y 2 me centro en la frontera. Adopto un enfoque histórico para explicar las transformaciones que se han dado en la frontera Ecuador-Perú y lo hago a través de las narrativas de las y los pobladores fronterizos. En el capítulo 1, “La frontera Ecuador-Perú y la sexualidad como símbolo del contacto y los peligros”, examino cómo las migraciones transfronterizas han estimulado encuentros, alianzas y tensiones entre “nacionales” y “extranjeros” de países vecinos, las cuales muchas veces se expresan a través de temas íntimos y sexuales. En el capítulo 2, “Flujos globales y mercados sexuales locales: la extracción de productos,

trabajo y deseos en El Oro”, analizo cómo las economías extractivistas-exportadoras y las economías íntimas de El Oro se conectan y alimentan mutuamente. Aquí destaco el papel que ha tenido históricamente el trabajo móvil, flexible y abaratado en el desarrollo de ambas economías y cómo las mujeres en burdeles, *nightclubs* y barras bar “calman” y reproducen una fuerza de trabajo masculina que, tal como ellas, está desprotegida.

Los capítulos 3 y 4 se enfocan en temas migratorios. En el capítulo 3, “Mujeres en movimiento: migraciones intrarregionales y sexualidad femenina”, examino las particularidades de las migraciones sur-sur. Destaco que junto con los factores estructurales que motivan a mujeres de Colombia y Perú a migrar están otros, como los imaginarios sexuales y de género que guían los procesos de demanda y reclutamiento laboral para mercados feminizados, y además factores subjetivos como los deseos, aspiraciones y sueños que mueven a las mujeres a cruzar fronteras. En el capítulo 4, “Preocupaciones sexuales y regulaciones migratorias: entre el control, la protección y las estrategias de las migrantes”, analizo los cambiantes temores frente a las migrantes en el sector del comercio sexual y explico la manera en que motivan regulaciones migratorias selectivas y restrictivas. Resalto el papel cada vez más central que tiene la sexualidad en manejar y “ordenar” las migraciones y las fronteras, y explico cómo las migrantes responden a los controles y restricciones migratorias.

En los capítulos 5 y 6 abordo temas de sexualidad e intimidad. En el capítulo 5, “Los significados subjetivos del sexo comercial y sus tensiones”, analizo las luchas internas de las migrantes por explicar y dar sentido a las actividades sexuales y eróticas que realizan como parte de su experiencia migratoria. En el capítulo 6, “Desdibujando las fronteras: intimidad mercantilizada y sexo comercial romantizado”, argumento que no solo el sexo sino también la emocionalidad es un “capital” que mujeres empobrecidas y marginalizadas utilizan para sortear las dificultades del proceso migratorio y alcanzar sus proyectos de vida.

En las conclusiones, “Repolitizar el debate sobre las migrantes en el comercio sexual”, recapitulo los principales hallazgos de mi estudio y propongo nuevos marcos de análisis para comprender y responder mejor a la situación que vive este grupo de migrantes, rebasando visiones y políticas moralistas, criminalistas y victimistas. A estas reflexiones se unen las que constan en el epílogo con el que cierro el libro.